



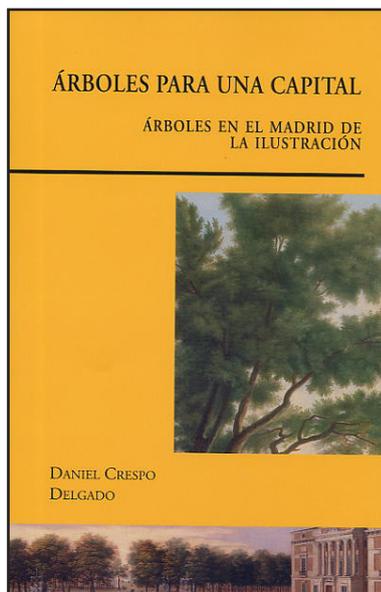
Cuadernos de Ilustración y Romanticismo

Revista Digital del Grupo de Estudios del Siglo XVIII

Universidad de Cádiz / ISSN: 2173-0687

nº 20 (2014)

Daniel CRESPO DELGADO (2012), *Árboles para una capital. Árboles en el Madrid de la Ilustración*, Madrid, Ediciones Doce Calles - Fundación Juanelo Turriano, 181 pp.



Tenemos la costumbre, o el vicio, de pensar que vivimos *en* países, esa entealequia emanada de gacetas oficiales, cuando en realidad vivir, lo que se dice vivir, vivimos *sobre* calles, pueblos y ciudades, pisando suelo y respirando aire. En ese doble sentido puede interesarnos esta sugestiva historia de árboles que nos regala Daniel Crespo: como una experiencia vinculada a la materialidad de la vida cotidiana y a una cierta idea ilustrada de la felicidad; pero también como una derivada de las concepciones dieciochescas del Estado. Este relato, que cubre los reinados de Carlos III y Carlos IV, presenta los proyectos, ejecutados o no, para convertir Madrid en una urbe «arbolada», dentro de un redibujo que aspiraba a elevarla a los parámetros de los centros de poder europeos. Era parte del proceso de conversión de una «corte» en una «capital», que acompañaba al resto de cambios que alumbraban el Estado moderno. Ahora es la ciudad entera, y no solo el palacio, la llamada a representar, proyectar y simbolizar la grandeza de la monarquía. A tal fin, «la capital es una ciudad recorrida y examinada» (p. 15).

Así pues, aunque el propósito del libro parezca modesto o local (estudiar «los plantíos de árboles en la periferia y el entorno de la capital», p. 25), el autor conecta admirablemente la anécdota con el paradigma, y articula un estudio que aúna la botánica, el urbanismo, la historia social,

la historia económica, la de las ideas estéticas, etc. Porque lo importante no es que los ilustrados anhelasen árboles, sino por qué los anhelaban, qué dice de su idea del mundo «tal anhelada frondosidad» (p. 27), esta pulsión de lo verde que manifiestan, en ocasiones más allá incluso de lo racional.

El punto de partida es, como casi siempre en la acomplexada pero orgullosa España ilustrada, la conciencia de un atraso: aquí, se trata de la universal queja sobre las deficiencias de Madrid como capital, una ciudad fétida, sin armonía ni buen gusto arquitectónico, falta de monumentos y obras públicas proporcionadas al imperio que desde allí se regía... y emplazada en medio de un árido desierto sin verdes. Y no hay que desestimar el efecto que causaba la palabra «desierto» en un país del que los extranjeros del norte hablaban con sobrecejo y gustaban de comparar con África. Incluso Carlos III denominaba a Madrid en carta (privada) a Tanucci «burgata africana» (p. 19). La fijación en plantar y reforestar va pareja al ya viejo lamento por la pérdida de masa forestal en España. No es únicamente un asunto urbano, atañe a las ideas sobre la agricultura, el clima, el comercio, la construcción naval...

Ese contexto general es explicado de forma muy ilustrativa en la primera parte del libro, más breve. Se habla allí de la deforestación y sus implicaciones: los aprietos para el abasto de leña y carbón vegetal combustible en Madrid y otras ciudades grandes, su progresiva alza de precios, el escaso uso del carbón mineral, la incidencia de tal desabastecimiento en un Madrid particularmente inestable en lo político y en continuo crecimiento en lo demográfico, el nexo de los bosques con la reforma agraria buscada por los ilustrados, la generalizada creencia de que el arbolado influía sobre el clima aumentando las lluvias que remediarían la aridez española, la difusión de las teorías forestales de Henri-Louis Duhamel du Monceau... En conclusión, el pensamiento ilustrado pasaba de considerar los bosques un depósito de materias primas a una pieza clave del equilibrio medioambiental (cf. p. 53). No son solo motivos económicos. Se destacaba el valor salutarífico de los árboles para purificar el aire evitando enfermedades. Y hay una base estética que sustenta y retroalimenta estas ideas: «en el siglo XVIII se defendió la dimensión estética del arbolado, cristalizando en una especie de dogma [...] que reafirmó la “hermosura de lo verde”» (p. 58). Embellecer las ciudades y hacer su vida más agradable consistía, también, en llenar sus accesos, alrededores y grandes paseos del mayor arbolado posible.

La segunda y más extensa parte presenta y valora los planes y acciones concretas para arbolado Madrid en la segunda mitad del XVIII. El comienzo obligado es el marco legislativo establecido por los Borbones, que trae su origen de la obsesión de Ensenada por engrandecer la marina, mediante una ordenanza de montes generalmente criticada a finales de siglo. La línea general del debate ilustrado tiende a liberalizar el cultivo forestal y a basarlo en el interés del propietario particular, aunque siempre de forma dubitativa e incompleta por falta de los recursos necesarios para que ese interés fructificara (viveros y semilleros, por ejemplo, o la formación adecuada). Sería paradójicamente el prelude de la desamortización y liberalización de los montes comunales en los años treinta del XIX, que el autor califica del «suceso más trágico en la historia forestal de España» (p. 88), que ocasionó la tala y destrucción de millones de hectáreas.

Entra luego en la cuestión de «verdear Madrid». Analiza la ordenanza de 1748 y el casi dramático intento del corregidor Armona de frenar el deterioro de los montes inmediatos a la capital en 1785. En 1778 Floridablanca había instado a la Real Sociedad Matritense a proponer el mejor modo de fomentar la plantación de árboles en el entorno madrileño. El programa de trabajo era muy ambicioso, con un conjunto de medidas alrededor del territorio capitalino para localizar los terrenos más a propósito, formar viveros, replantar baldíos y dar alternativas al ganado y a las lavanderas del Manzanares, así como deter-

minar las especies arbóreas adecuadas y los modos de encauzar el río y proteger sus márgenes. El asunto coleó varios años y no produjo una memoria final ni ningún resultado práctico: hasta 1782 hubo trabajos activos, pero el expediente dormitó sin cerrarse, y en 1802 aún se reclamaban papeles.

Respecto a las intervenciones hechas por la Corona, que poseía más de un tercio del territorio madrileño, el fomento de los paseos arbolados (en las entradas de la ciudad, en las vías que unían los Reales Sitios, en el Prado) y la conversión de Aranjuez en un modelo de granja experimental, así como las plantaciones al margen del canal del Manzanares y en las casas y palacios de príncipes y ministros, dan buena cuenta de una activa inquietud en el asunto, si bien siempre limitada a acciones de carácter representativo y modélico. Por su parte, las del ayuntamiento estuvieron lastradas por la falta de recursos y la resistencia de los particulares.

También se estudia otro clásico de la Ilustración española: las convocatorias de premios por plantar árboles, en particular los promovidos por la Sociedad Matritense, una de las grandes protagonistas del libro. Los ilustrados, ya se sabe, lo querían arreglar todo a fuerza de premios y discursos. El episodio principal ocurre en 1784, cuando la corporación lanza su galardón para los mayores plantadores de árboles (con un mínimo de trescientos) en el partido madrileño antes de octubre de 1786. Quedó por fin desierto, pero dio lugar a otros semejantes y a unas peripecias que el autor explica cumplidamente. Algunas iniciativas análogas siguieron, por lo general de escaso fruto. Crespo Delgado desarrolla igualmente el proyecto ejecutado por Antonio Ponz en 1785 para repoblar montes cercanos a Madrid y Toledo, actuando como comisionado ante las autoridades locales, a las que se quería comprometer con una gestión directa. La idea cosechó algunos éxitos parciales en Toledo y en Villaverde, aunque todo acaba dependiendo de dar con las personas adecuadas, es decir, de un azar estimulado por el favor oficial, mas no un impulso constante y modelador de la vida colectiva.

Otras secciones abordan las iniciativas para formar a los arboricultores mediante cátedras de agricultura de las sociedades económicas, traducciones de manuales encargadas por el gobierno, etc. Hubo asimismo iniciativas de particulares que Crespo agrupa en otro capítulo, centrándose en la duquesa de Osuna —una vez más relacionada con la Matritense—, que dotó premios, donó dinero para plantíos en 1781 y creó su propio fastuoso jardín en El Capricho de la Alameda de Osuna desde 1784. Presta singular atención a uno de los plantíos más ambiciosos que sí llegaron a hacerse en la capital, y en cuya gestión participaron la duquesa de Osuna, la Matritense, la Corona, el Ayuntamiento y otros actores, y que sirve de espejo de los problemas prácticos para traducir las ideas aparentemente buenas. En 1781 se plantaron tres mil álamos blancos en la llamada Pradera del Corregidor, que de inmediato mostraron graves problemas de desecación y ocasionaron innumerables gastos por el empecinamiento de que el ejemplo no fracasara y sirviera de modelo negativo. Se replantaron los árboles, se cambiaron las especies, se regaron a mano, se construyó un estanque, se contrató a un guardia y, en fin, nada daba el resultado anhelado. Situada al final del volumen, esta penosa —y carísima— pelea con la sequedad pone un simbólico colofón pesimista a una obra que comienza bajo el optimista prisma del idealismo.

Excelentemente escrito y documentado, además de bellamente editado y con cuidadas ilustraciones, el libro se sirve de abundante variedad de fuentes primarias y secundarias, entre las que destacan, sin agotar la lista, las obras de Antonio Ponz (en quien el autor es un reputado experto), el *Semanario de agricultura y artes dirigido a los párrocos* y los fondos archivísticos de la Matritense. Cabe subrayar en cualquier caso que esta monografía vale más como visión de conjunto y ensayo interpretativo sobre la materia de fondo, que por

el paquete de episodios concretos que documenta y explica. Solo para conocer esa docena de concursos, planes e iniciativas no habría merecido la pena hacer un libro entero, pero enmarcados y articulados de esta forma aparecen como la perfecta plasmación de un segmento entero de la ideología ilustrada, de gran interés y amena lectura. Tampoco hay que obviar el hecho, en el que el autor no se detiene, de que casi todos los episodios que cuenta se concentran en unos mismos años de la década de 1780, aunque los libros, leyes, artículos e ideas que los arropan y documentan abarcan un lapso más dilatado. Cabría ahondar en esa secuencia cronológica y sus posibles explicaciones.

En el prologuillo institucional se habla de que «la Ilustración se dio con entusiasmo a la tarea de conseguir un territorio propicio a la felicidad» (p. 9). La sensación final que deja el volumen no es diferente a la que acaba por envolver a todo estudioso de la Ilustración española: la amarga desproporción entre los deseos y los hechos, entre planes y realizaciones, entre las intenciones y los resultados. «La perseguida capital ilustrada había quedado a medio hacer» (p. 162). Tantos proyectos, tantas ilusiones, tanta laboriosidad... A eso es a lo que solemos denominar el «entusiasmo» de los ilustrados. Entonces, ¿cómo habría que llamar a lo que salió de ello? ¿Baño de realidad, siempre tozuda? ¿Fracaso sin más? El autor da su propia ponderada respuesta en la conclusión, que apunta a un completo fracaso en el terreno de los hechos, pero a una valiosa aportación en un proceso de modelar las opiniones y las ideas en el largo alcance, algo así como un cambio de mentalidades retardado. Lo argumenta bien. Yo también me pregunto, como dieciochista, y no estoy seguro de qué responderme: ¿cuántos árboles hacen un bosque?

Fernando DURÁN LÓPEZ